

Ignacio Guzmán Betancourt*

Miguel León-Portilla
Tonantzin Guadalupe.
Pensamiento náhuatl y mensaje
cristiano en el "Nican mopohua"
 México, Fondo de Cultura Económica,
 2000, 202 pp.

Núcleo sagrado en el que concurren la religión oficial entreverada con los cultos populares, la Virgen de Guadalupe es para los mexicanos poderoso cohesionante interno, sustento de alteridad que opera como mediador simbólico entre sus avatares y la formulación imaginaria que ellos desarrollan incorporando a su icono venerado sus representaciones fantásticas y sobrenaturales.

Félix Báez-Jorge

Es ya muy grande la deuda que la historiografía mexicana tiene con Miguel León-Portilla. En su casi medio siglo de intensa y constante vida académica e intelectual, ha producido una infinidad de estudios en los que aborda y resuelve multitud de temas y problemas de relevancia sobre todo para el conocimiento del pasado y presente de las culturas indígenas de nuestro país. Algunos de sus libros se han convertido en obras clásicas y de referencia obligada, como es el caso, por ejemplo, de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, cuya primera edición, aparecida en 1956, cuenta al presente con más de siete ediciones en español y varias en otros idiomas; o este

* Texto leído con ocasión de la presentación de *Tonantzin Guadalupe*, el 23 de mayo de 2001 en el auditorio "Miguel de la Torre", de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales/Acatlán.



otro, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, publicado por primera vez en 1959, lleva hasta ahora 16 ediciones en México, por lo menos una en Cuba y otra en España, sin contar las que se han hecho en 13 idiomas distintos del español.

De su devoción por la historia, la lengua y las literaturas indígenas antiguas y modernas ha resultado hasta hoy, además de sus libros, una cantidad enorme de estudios publicados en libros, enciclopedias, diccionarios, antologías, revistas científicas y de divulgación, actas de congresos y otras reuniones académicas e, incluso, en periódicos. Mas no se piense que el doctor León-Portilla es una luminaria que brilla solamente en el universo bibliográfico, pues hay también que mencionar su larga e importantísima labor docente en la UNAM y en muchas otras

instituciones del país y del extranjero, en cuyas aulas e institutos sus enseñanzas han sido decisivas en la formación de incontables generaciones de investigadores, entre los cuales pueden contarse muchos que han llegado a destacar casi tanto como el maestro. Como colega y amigo su actitud es verdaderamente ejemplar y digna de ser tomada como modelo a seguir, pues tanto él como su esposa, Ascensión, son personas sumamente colaboradoras, respetuosas, honestas, afables y generosas con quien se acerca a ellos en busca de alguna orientación, consejo u opinión, o incluso para conseguir el préstamo de algún libro de sus ricas bibliotecas. Todos estos atributos, que emanan de su aguda y creativa inteligencia, han contribuido sin duda para que don Miguel León-Portilla esté considerado, aquende y allende nuestras fronteras, como uno de los intelectuales más preclaros de nuestro tiempo.

Ahora bien, hace un momento aludimos a la pluralidad de temas que son materia habitual de las investigaciones de nuestro sabio colega y amigo, las cuales podemos ahora circunscribir en las siguientes disciplinas: historia, antropología, lingüística, filología y literatura, y no está por demás apuntar que en todos estos campos ha hecho siempre aportaciones de gran relevancia y originalidad. Sin embargo, una inspección aún somera de su vasta producción bibliográfica revela de inmediato su predilección por el estudio de cuestiones que tienen que ver

con la historia, la lengua, la literatura y, en general, la cultura pasada y presente de los pueblos nahuas.

En efecto, ya desde su primera publicación importante, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, de 1956, dio muestra de su inclinación por el estudio del grupo náhuatl, al cual pertenecían los célebres mexicas, pueblo que, a la llegada de los europeos a principios del siglo XVI, era con mucho el mejor exponente de los logros culturales alcanzados por los grupos del área mesoamericana. Una lista prácticamente inagotable de estudios referentes a los nahuas se ha acumulado en los 45 años que han transcurrido desde la publicación de esa obra pionera en su género. Efectivamente, además de demostrar con pruebas fehacientes la existencia entre esa gente de un auténtico pensamiento filosófico, León-Portilla ha venido desde entonces indagando con gran empeño en los diversos dominios del complejo universo cultural y espiritual de los nahuas. Su religión, escritura, producción poética y literaria, aspectos de su organización política y social, etcétera, son algunos de los campos frecuentemente abordados en sus eruditos y reveladores estudios.

Pero acaso todos estos aciertos que ha logrado en la investigación exhaustiva de este grupo, no hubieran sido los mismos sin el dominio magistral del idioma náhuatl, que de manera indiscutible posee don Miguel. En efecto, el estudio concienzudo de dicho idioma ha sido una de sus preocupaciones fundamentales a lo largo de su vida como investigador. Fue precisamente, según cuenta, la razón primordial que lo llevó al acercamiento de esta cultura, y también la que le indujo a procurarse el mejor maestro que había en ese tiempo para lograr sus propósitos. Este experto en la lengua, la historia y la literatura de los antiguos mexicanos era nada menos que el célebre nahuatlato Ángel María Garibay (1892-1967) quien, entre muchos otros méritos, tiene el de haber sido el iniciador de

las investigaciones científicas sobre la literatura náhuatl y, además, el fundador de una escuela para el estudio metódico y edición crítica de antiguas fuentes documentales en lengua náhuatl. Con la guía de tan sabio maestro, León-Portilla adquirió un conocimiento muy depurado de esta refinada lengua mesoamericana, adentrándose hasta lo más profundo de sus peculiaridades gramaticales, sutilezas sintácticas y léxico-semánticas. Además, don Miguel es buen conocedor de las obras lingüísticas sobre el náhuatl elaboradas durante la época colonial: a él debemos la edición crítica de varias de ellas, precedidas de extensos y penetrantes estudios introductorios, como es el caso del diccionario español-náhuatl, náhuatl-español de fray Alonso de Molina (1571), el *Arte de la lengua mexicana* del padre Horacio Carochi (1645) y el *Arte para aprender la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos (1547), este último editado en colaboración con su esposa y publicado en Madrid en 1993.

Pues bien, esta brevísima síntesis que he hecho de la soberbia carrera y monumental obra de don Miguel, me sirve de preámbulo para formular algunos comentarios sobre éste su más reciente libro publicado, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el "Nican mopohua"*, impreso a finales del año pasado, pero puesto en circulación en los primeros meses del presente.

En este libro el autor aborda un tema que, según le he escuchado relatar de viva voz, su ilustre maestro, el padre Garibay, le había aconsejado encarecidamente no inmiscuirse jamás, a pesar de que él mismo lo había hecho repetidas veces. Y es que el sapientísimo padre Garibay sabía, como de seguro también don Miguel, que sobre el asunto pesaba una especie de fatalidad. Varios renombrados personajes de nuestra historia habían sido víctimas de ella, empezando por fray Francisco de Bustamante, quien en 1556 tuvo la osadía de pronunciar un sermón en el que atacaba vigorosamente al incipiente

culto a la virgen aparecida en el Tepeyac, lo cual le acarreo el descrédito y animadversión de mucha gente de aquel tiempo. Al bibliófilo italiano Lorenzo Boturini le costó encarcelamiento y deportación su iniciativa de recaudar fondos para la coronación de Santa María de Guadalupe, y otro tanto padeció fray Servando Teresa de Mier a causa de un sermón que pronunciara el 12 de diciembre de 1794 en el cual afirmó, instigado por el fantasioso Borunda, que el lienzo en el que había quedado milagrosamente plasmada la imagen guadalupana no había sido el ayate de Juan Diego, sino la mismísima capa del apóstol Santo Tomás. Asimismo, nuestro gran bibliógrafo Joaquín García Icazbalceta fue severamente impugnado por la publicación póstuma de un dictamen que le había solicitado el arzobispo de México, Pelagio Antonio de Labastida, acerca de la historicidad de las apariciones guadalupanas. En fin, más cercanos a nosotros está el caso del ex abad de la basílica de Guadalupe, monseñor Schulenburg, cuyas declaraciones en torno a la inexistencia de Juan Diego como personaje real escandalizaron a la comunidad católica y guadalupanista del mundo.

Seguramente la idea de abordar de algún modo el interesante tema guadalupano anduvo durante muchos años rondando en la cabeza de don Miguel, estimulada por aquella prohibición que le impusiera su experimentado maestro, hasta que por fin halló un buen pretexto para incursionar en la materia, asegurándose que su decisión no le acarrearía problemas ni adversidades como a algunos de sus predecesores.

En efecto, en *Tonantzin Guadalupe* Miguel León-Portilla no polemiza en torno a la veracidad de las milagrosas apariciones de la virgen de Guadalupe; tampoco cuestiona la identidad de Juan Diego o la procedencia del lienzo guadalupano, ni mucho menos intenta recaudar fondos para alguna noble causa guadalupana. De nada de esto trata este libro, pues su aproximación al tema gua-

dalupano es fundamentalmente filológica. Su objetivo básico es el de entregarnos por primera vez una edición crítica del más antiguo texto náhuatl donde se narran con detalle los episodios relativos a las apariciones de la virgen en el Tepeyac. Este texto es el tradicionalmente conocido con el título de “Nican mopohua”, nombre derivado de las dos primeras palabras con que comienza el relato en náhuatl. Guía al objetivo de edición crítica del texto la inquietud de detectar indicios de la mentalidad indígena prehispánica en el contenido del relato, y encontrar nexos con algunas tendencias de la antigua narrativa náhuatl, sobre todo la plasmada en los *huehuetlahtolli* o testimonios de la “antigua palabra” y en algunos cantares, como el “Cuicapeuhcayotl”, extraído del volumen manuscrito *Cantares mexicanos* que se resguarda en la Biblioteca Nacional de México y que se incluye como apéndice I en este libro.

Todo esto, naturalmente, lleva otras finalidades; por ejemplo, determinar la autenticidad del texto náhuatl como producto de factura indígena, con base en el examen del nivel y estilo de lengua empleado por el autor, detección de conceptos y expresiones propios del pensamiento religioso y ético de los antiguos nahuas, así como identificación de giros, figuras y otros recursos estilísticos recurrentes en la auténtica prosa náhuatl. Se interesa también León-Portilla por determinar la antigüedad del documento y corroborar la identidad de autor del relato. Varios indicios gráficos presentes en la copia fragmentaria más antigua del manuscrito del “Nican mopohua”, conservado en la Biblioteca Pública de Nueva York, lo llevan a concluir que, por lo menos esa copia de un original perdido, fue redactada en el transcurso del siglo XVI, muy probablemente entre 1550-1560, datación en la que concuerdan varios otros investigadores que han analizado el documento. El examen cuidadoso de la estructura lingüística, conte-

nido semántico y expresión estilística de los enunciados que conforman el relato, termina de persuadir a don Miguel de que, como lo asegura una antigua tradición, el escrito fue redactado por el sabio indígena tepaneca Antonio Valeriano, personaje formado en el célebre colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, al cual ingresó hacia 1536, y donde tuvo, entre otros afamados maestros, a los eruditos frailes Bernardino de Sahagún y Andrés de Olmos, dos de los más prominentes historiadores y lingüistas nahuatlato del siglo XVI. Fray Bernardino, hablando de sus discípulos indígenas de Santa Cruz, en el prólogo del libro segundo de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, distingue a Antonio Valeriano entre los demás al calificarlo como “el principal y más sabio”. Por su parte, León-Portilla, en la parte de su estudio introductorio que dedica a Valeriano, aporta argumentos valiosos en favor del sabio indígena de Azcapotzalco como el más probable autor del relato náhuatl de las apariciones guadalupanas, a pesar de que ello iba en contra de las convicciones de su maestro Sahagún al respecto. Dice a la letra nuestro perspicaz amigo:

...este relato sólo pudo haber sido escrito por un conocedor de buen número de textos de la antigua tradición indígena, y asimismo de la estilística inconfundible del náhuatl clásico. En el *Nican mopohua* aflora el rico universo de sus metáforas, muy frecuentes en esta lengua, sus difrasismos o palabras yuxtapuestas de las que brota una particular significación, así como sus expresiones paralelas que iluminan desde doble perspectiva lo que se quiere decir. Conocedor de todo esto fue Antonio Valeriano, al que Sahagún calificó de “el principal y más sabio” entre sus antiguos estudiantes y en quien fray Juan de Torquemada reconoció haber tenido un excelente maestro de náhuatl.

Muchas son las cuestiones que Miguel León-Portilla aborda y discute con rigor y amenidad en el sustancioso estudio introductorio que precede a su edición crítica y traducción del texto inaugural de la tradición guadalupana, fenómeno tan importante en este país y que tanta tinta ha hecho y seguirá haciendo correr.

Para terminar, sólo quiero añadir unos breves comentarios acerca de la traducción que del “Nican mopohua” nos propone don Miguel. Como ya antes mencioné, este renombrado historiador y filólogo tuvo la suerte de tener por maestro al mejor nahuatlato que había en México en ese tiempo, por lo cual es natural que su conocimiento del náhuatl resultara tan perfeccionado como el de su instructor. Conocedor a fondo de la estructura lingüística del náhuatl y de sus más recónditas sutilezas sintácticas y semánticas, es de esperar que, al comprometerse en la traducción al español de ese texto, pusiera especial empeño en lograr una versión lo más ajustada posible con el pensamiento y expresión de quien lo escribió, sin eludir conceptos ni mensajes que a simple vista pudieran parecer impíos, por expresar nociones espirituales y recurrir a símbolos y metáforas no habituales en el discurso tradicional de la teología cristiana. Como el mismo León-Portilla informa, existen varias traducciones del “Nican mopohua”, pero ninguna en la que se haya procurado hacer aflorar el antiguo pensamiento náhuatl que subyace en el relato indígena de las apariciones guadalupanas. El esclarecimiento que hace el autor de dicha cuestión es, en mi opinión, la aportación más valiosa que se ha hecho hasta ahora en relación con el “Nican mopohua”. Por otra parte, la idea de disponer el texto náhuatl en forma de verso dividido en estrofas, me parece que es una innovación muy original y acertada pues, además de agilizar la lectura y dar al texto otro aspecto estético, resalta aún más el contenido poético del relato. Asimismo, otro que estimo laudable acierto de